

Risco Mexicano.



Lo que me contó mi abuelo.

## LO QUE ME CONTÓ MI ABUELO.



¡H, lector mío, y qué mal rato se te espera! ¿Crees por ventura que le voy á regalar con uno de esos articulillos llamados *de costumbres* que son tan del gusto del día? ¿Esperas una novelita espasmódica, de esas en que hay salvajes que rien y doncellas que lloran, y guerreros á la *Chacal*, y que sé yo que mas? ¿Te preparas á leer algun fragmento de esos filosóficos y misteriosos llenos de frases ambiguas y de puntos suspensivos, uno de esos fragmentos que excitán la admiración general, porque ninguno los entiende? Pues te juro á fe mia que te llevas chasco! No, no te esperes nada de eso: lo que yo te voy á contar es una aventura, que nos refirió *en familia* mi abuelo cierta vez en que trataba de combatir la decidida afición que mostraba uno de sus nietos en favor de la raza canina. Escucha, pues, y si no quieres, no escuches; que á mí de eso se me da un bledo, lo que importa es horragear papel y ¡adelante! (Direte de paso y para descargo de mi conciencia, que juzgo mas fácil en estos tiempos el que le digan á uno; ¡atrás!)

Perico, estate quieto. Deja en paz á ese perro; lo vas poniendo feroz. Dentro de poco nadie querrá visitarnos, porque todos temerán salir con un buen mordisco.

--Antes lo estoy amansando, papá grande.

--Mejor sería que no le dispensaras tu protección... Qué ojertiza les tengo yo á todos los animales favoritos! Ya se vé; razon sobrada he tenido.

--¿Por qué, papá grande?

--Acercaos, muchachos, y os referiré una aventura. Sabed que allá por los años de Dios, de 1804, aunque ya tenia yo mis alifafes, era sin embargo todavia bastante alentado, y existian muchas personas de ambos sexos que habian sido testigos y partícipes de mi época de esplendor. ¡Ah, si me hubierais visto entonces! Aquellos si que eran tiempos felices, no como estos de tráfico de sueldos y de certificados de cobre: entonces reinaba el buen gusto, y habia elegancia en el vestir; entonces los hombres parecian hombres y no muñecos

como ahora; entonces estaban en su apogeo el calzon corto y el chupin... pero dejemos estos recuerdos tristes; lo que me consuela es que fin y al cabo allá han de ir á parar otra vez.

Pues señor, en el tiempo de que os hablo, recibí noticia de que habia llegado á México Doña Virginia Cascales, señora de las de mas rango en su tiempo, y á quien yo habia dedicado mis primeros amores; pero qué amores! tan inocentes, tan platónicos... Os juro que en nada se parecian á los afectos impuros de esos lechuginos que Dios perdone. Hacia mucho tiempo que no veia á Doña Virginia, quien habia conservado intacta su virginidad, y no habia dispuesto de aquella mano, objeto de mis honestas pretensiones, en época mas venturosa.

Naturalmente debéis suponer que no pudo saber con indiferencia su llegada á la capital, y me dispuse á hacerle una visita. ¡Pleguera al cielo que jamas se me hubiera ocurrido semejante idea! ¡Ah, hijos míos, y qué lejos estaba yo de presentir lo que me iba á suceder!

A las seis de la tarde del día infausto de que voy á hablaros, me dirigí, despues de haberme acicalado y alusado el peluquín, á casa de Doña Virginia, con quien deseaba tomar chocolate. De paso entré al Parian y compré uno de esos maravillosos pañuelos de cuadros blancos y encarnados que entónces eran muy estimados, y hoy están por los suelos: ya se vé, entónces lo bueno era caro y lo malo barato; mas ahora sucede exactamente lo contrario.

Contento con mi nueva adquisición, subí la escalera de la casa de Doña Virginia, y me encontré en una sala adornada con sus pantallas, su *viacrucis* de madera pintada de verde y otros adornos igualmente piadosos, que para vergüenza nuestra han desaparecido de las casas que ahora adornan esos malditos estrangeros. En la recámara inmediata ói los ladridos de un perrito poblano, los gritos de un loro y otros ruidos indefinibles que llenaron mi alma de consternación. ¡Ah, hijos míos, qué escena se me esperaba! Me tiembla la voz al recordarlo solamente.

--Paso V. á la recámara, me dijo la criada, Mi ama está atacada de reuma y no puede andar.

Entré en efecto, y el amable falderito se lanzó con furor sobre mí; yo no tuve mas recurso que hacerle un quite con mi sombrero que sacó una herida mortal, herida que yo deploré con todas las veras de mi alma, porque era un sombrero de honra y provecho, y no una de esas filigranas que nos traen ahora los gabachos.

—Válgame Dios, señor D. Simon, me dijo Doña Virginia, que yacia repantigada en un sillón, con las piernas envueltas en flanela; ¡Cuánto siento que Jazmin le haya roto á V. el sombrero! Pero es tan vivaracho, y les tiene tanta tirria á los hombres, que...

—Oh, deje V., no es nada, absolutamente nada, ocupando una silla frente á frente de la suya, y recorriendo con la vista el aposento que encontré habitado por un loro, una ardilla, un perro, un mono, y en fin, por Doña Virginia.

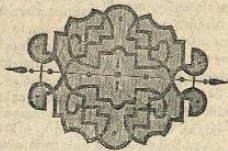
—¡Qué bien hicierón en casarme contigo! dije para mis adentros. ¡Donosa familia me ibas á regalar con el tiempo!

—¿Qué le parecen á V. mis animalitos?

—Preciosísimos, la respondí, desviando un poco la silla, porque el falderito me amenazaba desde su cojín.

—¿Qué quiere V. que haga yo? No tengo hijos, (lanzándome una mirada de ternura) y me contento con cuidar á estos pobrecillos.

—Tiene V. razon.—Entablamos una conversación sobre el libro que estaba leyendo, y que era nada ménos que el titulado „Luz de las verdades católicas,” obra del célebre padre Parra, tan conocido por sus cultísimas pláticas. Asunto como este, naturalmente debia interesarnos, y en efecto, yo me habia acalorado al ensalzar las bellezas de aquella famosa plática sobre la sal del bautismo que comienza con este primor. „A la mejor sazon se nos ha venido la sal. A la sazon del día de mi glorioso padre San Ignacio, la sal de la sabiduría, etc. En lo mejor de mi panegírico estaba yo, y Do-



ña Virginia con las gafas caladas me escuchaba embebecida, cuando sentí unas tenazas que me oprimian fuertemente un poco mas arriba del calcañar. El dolor fué agudísimo, y prorumpí en un espantoso grito que hizo saltar á Doña Virginia, despertar al perro, y poner en movimiento al mono y á la ardilla. Era el loro maldito que me habia dado una mordida.

En el momento en que aquella estancia parecia una Babilonia, el mono aprovechándose del tumulto, saltó á un estante y se puso al nivel de mi cabeza: un segundo despues mi peluquin estaba entre sus garras: sacarlo de ellas fuera obra de romanos. Tomo mi sombrero, tartamudeo una despedida, y bajo precipitadamente la escalera; me juzgo ya fuera del riesgo, mas al llegar al zahuán, una terrible punzada en el muslo derecho me hace llevar hácia él prontamente la mano; la llevo en efecto y recibo en ella otro mordisco. La faltriquera estaba agujerada; sacudo fuertemente el faldón y sale de él un animal envuelto en unos girones de lienzo blanco y encarnado. El animal era la ardilla de Doña Virginia: los girones eran los restos de mi desventurado pañuelo!!

—Y volvió V. á visitar á Doña Virginia, papá grande?

—¡Vaya una pregunta!

Aquí acaba el cuento de mi abuelo. Imperfrito lector, (pues tal debes de ser, puesto que has podido llegar hasta este punto): réstame puramente darte las gracias por tu compañía, y advertirte que si dudas de lo exacto de la cita que del padre Parra hizo mi abuelo, registres la edicion que se hizo de esa obra en Filadelfia el año de 1827, y en la página 345 encontrarás satisfecha tu curiosidad. Vale.

México junio 1.º de 1844.

DON JUAN DE AZPÉITIGURREA.

# HISTORIA.



L estudio de la historia es sin contraccion el que hoy mas interesa á los hombres; esto está universalmente reconocido, y las investigaciones para perfeccionar este ramo de los conocimientos humanos forman una de las necesidades dominantes de nuestra época. Generalmente se dice que la historia es la maestra de los gobiernos, á lo que puede agregarse que no lo es menos de los pueblos; el que los en el pasado lee en el porvenir; y así los ciudadanos de una república, que pueden ser llamados indistintamente para tomar parte en el ejercicio del poder, deben dedicarse á este estudio con grande asiduidad y profunda meditacion. Un escritor compatriota nuestro ha dicho con razon que la historia que en los estados monárquicos suele mirarse como ornato de la educacion liberal de algunas clases, en las repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberanía popular, y pueden ser llamados á los primeros puestos, debe considerarse como de absoluta necesidad. Esta verdad es palpable, porque ¿qué sería de un estado si los hombres que estuviesen rigiendo sus destinos ignorasen la ciencia de los hechos? este estado no sería mas que una nave sin piloto en un mar tempestuoso, que se estrellaría contra las rocas al impetu de las olas; así tambien el hombre que sin conocimiento de lo pasado se encontrara dirigiendo á una nacion, no sería mas que un ciego abandonado en un bosque y rodeado de precipicios en que no podría menos que perecer. Nadie puede gobernar á los hombres sin conocerlos, para conocerlos es preciso estudiarlos, y esto estudio solo puede hacerse en la historia, donde se ven retratadas sus pasiones y reproducidas sus opiniones. La historia, segun la bella espression de Simondé de Sismondí, representa como en un gran espejo, á las sociedades venideras, los resultados de todas las teorías y de todas las experiencias de las sociedades pasadas. En efecto, en la historia ven los que gobiernan de cuán funestas trascendencias son para las naciones sus excesos y sus demasías, y cuán contrario es el despotismo á la marcha de la civiliza-

cion. Los pueblos á su vez conocen cuán peligrosos son sus delirios y cuán arriesgado es para ellos mismos el desenfreno de una revolucion. De aquí debe indispensablemente resultar que los que gobiernen ejerzan el poder sin tiranía y usen de la fuerza, no para oprimir sino para conservar, y que el pueblo usando de sus derechos, no desconozca sus deberes y goce de una justa libertad odiando la licencia.

Mas para obtener todos estos buenos resultados no basta saber simplemente los hechos, y recargar la memoria de fechas y acontecimientos, es preciso meditar atentamente en las causas de estos hechos así como en sus consecuencias, evitar la repeticion de los actos que produjeron algun mal en las pasadas sociedades, é imitar aquellas acciones de los hombres eminentes, que supieron labrar la felicidad y grandeza de su patria, pues solo de este modo la historia cumplirá con su objeto, siendo un curso de moral y de politica. „No considerar la historia, dice un escritor filosofo, mas que como un inmenso conjunto de hechos ordenados por fechas con que se quiera enriquecer la memoria, no es mas que una vana y pueril curiosidad, que revela un espíritu mediocre, ó cartarse de una erudicion infructuosa que no sirve mas que para formar pedantes. ¿Qué nos importa conocer los errores de nuestros padres si no sirven para hacernos mas discretos?”—Ademas es preciso al estudiar la historia depouer toda preocupacion y parcialidad, así como las afecciones personales, para poder juzgar á los hombres, no por los males ó bienes que han hecho á un individuo, sino por los que han hecho á la patria.

Finalmente, mucho pudiera decirse acerca de este estudio sin limites, pero para entrar en pormenores sería necesaria una inteligencia y una erudicion muy superiores á las nuestras, por lo que nos hemos limitado á traducir el artículo siguiente escrito por Mr. Ch. Du Rozoir, quitándole aquello que nos ha parecido poco conducente á nuestro objeto.

De la historia considerada como ciencia de los hechos.

I.

Prolegómenos.—Objeto de la historia.—Definiciones.

Los filósofos que distinguen en el entendimiento humano tres facultades principales, la memoria, la razón y la imaginación, hacen dimanar de ellas una distribución general de los conocimientos humanos en historia, en filosofía y en poesía. De la memoria dimana la historia, como la filosofía dimana de la razón, y la poesía reconoce por madre á la imaginación. Parece inútil advertir que estas restricciones teóricas son traspasadas en la práctica; porque ¿qué sería la historia sin la filosofía para coordinar los hechos? asimismo ¿qué sería la filosofía sin cierto orden en los hechos? La historia considerada en sí misma, se compone de hechos, los cuales ó son de Dios, ó de los hombres, ó de la naturaleza: los hechos que son de Dios pertenecen á la historia sagrada, los de los hombres á la historia civil ó política, y los de la naturaleza á la historia natural.

La historia sagrada espone á la vez los misterios y las ceremonias de la religión, los milagros y los casos sobrenaturales, cuyo principio solo es Dios: la disciplina y los fastos de la Iglesia: las profetas en las cuales la relación ha precedido al acontecimiento, forman también un ramo de la historia sagrada. La historia civil consta de los hechos que vienen del hombre: depositaria fiel de las tradiciones de nuestros antepasados, de las revoluciones de los tiempos anteriores, del origen de las instituciones políticas y de la gloria y celebridad de los hombres: la ciencia historial se divide según estos objetos, en historia política propiamente dicha, y en historia literaria. La historia civil se subdivide en historia general, en historia personal ó biográfica, en historia singular ó particular, como cuando describe una acción particular, un sitio, una batalla, una conspiración, una embajada, una intriga, un viaje, etc. Si es cierto que la historia es la pintura fiel de los tiempos pasados, las antigüedades (comprendiendo en ellas los monumentos, las inscripciones y las medallas.) son discursos casi siempre deteriorados, las biografías, retratos ó miniaturas mas ó menos lisonjeras, y la historia general, un cuadro cuyos estudios son las memorias. La cronología y la geografía son los ojos de la historia; y la crítica

su antorcha, pues ella es la que vivifica estos dos vástagos de la ciencia, y hace de ellos su mas indispensable apoyo. Por medio de la crítica, la cronología coloca á los hombres en su época, mientras la geografía los distribuye sobre nuestro globo: ambas sacan grandes ventajas de la historia de la tierra y de la de los cielos, es decir, de los hechos históricos y de las observaciones celestes; en una palabra, la ciencia de los tiempos y la de los lugares son hijas de la astronomía y de la historia: No hablaré en este artículo de la historia natural, aunque pudiera muy bien decirse que es acaso mas digna del estudio del filósofo, que la historia de los hombres, pues esta no se compone sino de diversos hechos, arbitrariamente producidos por las circunstancias; mientras estos en aquella provienen de leyes invariables y uniformes. Frecuentemente la historia de los hombres no nos presenta mas que el triunfo de la violencia y de la intriga, sobre el derecho y la virtud; y no sirve de ordinario sino para hacerernos notar los vicios y los caprichos de nuestros semejantes, mas bien que sus buenas cualidades, y acaso tiende muchas veces á hacernos dudar de la Providencia. La historia de los animales no nos descubre sino sus perfecciones, y eleva constantemente nuestro espíritu hácia el origen de todos ellos. Voltaire no aprueba esta trilogía histórica: no admite mas que la historia sagrada, y la profana, pues según él, la historia natural, impropriadamente llamada historia, no es mas que una parte esencial de la física. Mucho podria discutirse acerca de este punto, y probar que en esto cometió Voltaire un paralogismo, pero como tales discusiones se resienten de escolasticismo, y jamas han proporcionado adelantos á la ciencia, solamente diré que el discípulo de Buffon, Lacepède, estaba tan poco de acuerdo con la opinión de Voltaire, que poseemos de él una historia general física, y civil de la Europa, desde fines del siglo V, hasta mediados del XVIII. Al tratar de definiciones, preciso es recordar las distinciones admitidas en el siglo XVII, no ya respecto de la materia de la historia, sino de la forma en que se escribía. En orden á la forma decian nuestros antepasados es mista, sencilla ó figurada. Cuando es sencilla no tiene ningun artificio ni adorno, no es mas que una relación desnuda y fiel de las cosas pasadas, y del modo que han tenido lugar: tales son los anales de los Griegos por olimpiadas, los fastos consulares de los romanos, despues las crónicas del bajo imperio, y de la edad media; y en fin, los diarios desde el

de L'Estoire, hasta las Gacetas oficiales, etc. Cuando es figurada la historia, admite los adornos que les suministra la capacidad del escritor, como las historias políticas de los griegos y de los romanos, desde Herodoto hasta Tácito, y la mayor parte de las historias modernas, desde Comines y Dávila, hasta Daniel y Mezerai, desde Voltaire y Reynal, hasta Lacretelle, Thiers ó Sismondi. Se llama historia razonada, dice un antiguo crítico, la que sin detenerse en la corteza y apariencia de las cosas penetra hasta el pensamiento de las personas que han obrado de acuerdo, y hace ver en el éxito bueno ó malo de sus empresas, la sabiduría de su conducta ó su falta de juicio. Finalmente, la historia mista es la que ademas de los adornos de la historia figurada, saca pruebas de la historia simple que presenta en apoyo de lo que espone, con mas artificio y aparato. Estas definiciones tan sencillas y aun algo escolásticas, fueron muy pronto olvidadas para ceder el campo á otras mas pomposas y ménos exactas. No estaba muy lejos el tiempo en que debiéndose entender la vista mas allá de las producciones históricas; la historia figurada debía ceder el puesto á la historia filosófica, título pomposo y vacío, que mas bien que una historia razonada, anunciaba una producción en que los hechos históricos serian sacrificados á las preocupaciones de la época. Entónces todo era filosófico, así como hoy todo es pintoresco: pero sea de esto lo que fuere, siempre se dirá historia cronológica, historia genealógica, historia política, historia secreta, historia literaria, historia eclesiástica, y en fin, historia general, pues estos términos sencillos y claros no están bajo el dominio de la moda, y se comprenden por sí solos; á lo dicho puede agregarse que la historia cronológica puede ser muy útil y atractiva su lectura cuando esté bien escrita, como lo han hecho los autores del Arte de verificar las datas, el presidente Henault y Voltaire en sus Anales del imperio. La historia genealógica esperece alguna luz sobre la historia moderna cuando está bien tratada, con una erudición imparcial y desinteresada, como lo ha hecho Schoell en su Historia de los estados europeos. La historia política y moral es la mas fecunda en reflexiones: Tucídides, Tácito, Bossuet, Montesquieu, Ancillon, Guizot, Heeren, etc., he aquí los modelos en este grave y útil método. La historia secreta no era antiguamente sino la de las cortes; hoy ofrecería particularidades curiosas acerca de los revolucionarios: este género siempre ha tenido muchos atractivos para

la malignidad humana, pero la historia escrita de este modo es frecuentemente sospechosa, cuando no de denigración, de lisonja. La historia literaria, descuidada por todos los antiguos, exceptuando á Velejo Patérculo, obtuvo desde que Voltaire dió el ejemplo, un lugar en la historia general: otro tanto puede decirse con respecto á la historia eclesiástica, que con razon ocupa mas de la mitad del *Essayo sobre las costumbres*. Toca á los que en este punto imiten á Voltaire, dejar á un lado la falsa y mala intencion que guió á la pluma de aquel escritor. Nacida bajo la pluma de Reynal, la historia parlamentaria florece hoy muy justamente. En cuanto á la historia general, debe con justas restricciones abrazar todas las demas.

II.

Fin moral de la historia.—Diversas escuelas históricas.

Lo que en mi opinión manifiesta la alta capacidad del hombre, lo que prueba que esta criatura pasajera en este mundo ha sido formada para un destino eterno, como el tiempo es el esfuerzo constante del entendimiento humano, para fijar lo pasado y encontrar en ello lecciones para lo presente, y esperanzas para lo futuro. Bajo este punto de vista, la historia no solo es una ocupacion grave, sino una religion con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin: ¿qué digo? este culto tiene también su predestinacion, y en ella se apoyan las convicciones de la escuela fatalista, escuela sombría, austera, y cuyos oráculos terribles y amenazadores, recuerdan los sonidos misteriosos de la emina de Dodona, ó los roncós acentos del druida, prediciendo en las playas de la Armórica los últimos dias del culto de Teutates. La escuela moral histórica es tambien una religion cuyo santuario es la conciencia. En cuanto á la escuela pintoresca, como no se apoya sino sobre pormenores estórieos y sobre textos descarnados, esta escuela hoy tan de moda, nos parece que aunque sea digna de alguna estimacion, tiene un objeto poco serio y un fin poco útil y grave.

La historia debe tener su fin, y al decir esto, no esolvo la crítica, solo entiendo la tendencia moral del historiador. Lejos de mí aquel que queriendo materializar la historia, no ve en las acciones buenas ó malas de los hombres mas que los reflejos de tal ó cual vieja edad, y que demasiado consecuente con este sistema deshonroso para la humanidad, sofoca la voz de su conciencia para escribir la historia! Es menester

someter esta ciencia á altas ideas morales y filosóficas, es menester siempre, y por todas partes, abatir el fanatismo y la impiedad sacrilega, que tambien es un fanatismo; es menester hacer la guerra al despotismo, á la iniquidad, á la sedición y á la indiferencia hácia la causa pública. Con tales principios, el historiador ya no solo escribirá en pro ó en contra de los reyes, de los grandes y de los pontífices, sino que vendrá á ser el pintor simpático de los pueblos, el apóstol de la humanidad y el fanal de las masas; evitará el tono lúgubre que hace tomar á la historia el tono de un alegato ó de un acto de acusación. Cuánto mas sensibles é ingeniosos no habrían vuelto en sus historias los señores Thierry y Sismonde, quienes por otra parte han hecho dar un paso inmenso á la ciencia, sus excelentes pensamientos de reintegración de los pueblos y de las razas, si hubieran empleado una justicia mas indulgente en el bosquejo de los retratos de los reyes, de los príncipes y de los ministros! ¿De qué me sirve que no seáis ya el Daniel de los reyes, si sois el de los pueblos? En la historia no debe haber lisonja, pero mucho menos denigración debe estar escrita de tal modo, que nos enseñe á no estimar ó á menospreciar á los soberanos, y á los grandes sino por el bien ó el mal que han hecho y no por las preocupaciones benévolas ú hostiles del historiador. De otra suerte sería incompleto el fin de la historia. Si es cierto que es el juez soberano de los reyes, es preciso que estos hombres, bastante desgraciados, porque todo conspira para ocultarles la verdad, al menos la encuentren en la historia, es preciso que sea para ellos un juez integro é imparcial, y no amenazador, declamador y caprichoso exagerado; es menester que en su tribunal puedan juzgarse de antemano, reconociendo por el testimonio sábio, moderado é irrefragable que la historia da á sus predecesores la imagen fiel de lo que la posteridad dirá de ellos.—Pero en Francia, en Europa y en el siglo en que vivimos, á los reyes exclusivamente es á quienes se dirigen los juicios y las instrucciones de la historia. ¿Pero acaso no tiene tambien un interés muy positivo para todos los demas individuos? En efecto, entre los hombres susceptibles de instrucción, ¿qué clase, por mediocre que sea, no puede ser llamada para manejar de lejos ó de cerca, el timon político? Todo el mundo hoy está interesado en penetrarse de las graves lecciones del tiempo pasado: el pueblo ¡no tiene en todas partes sus escogidos, que son llamados á concurrir con las altas clases y el monarca á la

administración de una localidad, á la formación de las leyes y á la marcha general del gobierno? „La historia es un espejo donde los „reyes ven la imagen de sus defectos, „ha dicho no sé que ingenio esclarecido del siglo de Luis XIV, y Bossuet, tan gigantesco en la expresión de las ideas, ha añadido: „En la historia es á donde los reyes degradados por la „mano de la muerte, aparecen sin corte ni sé- „quito á sufrir el juicio de todos los siglos.„ Posteriormente se ha repetido cien veces este axioma, y en un tiempo en que se creía hace, alarde de la filosofía, declamando sin cesar contra los poderes establecidos, se tenia la fácil ventaja de oponer á los cortesanos aduladores las páginas acusadoras de un Tácito ó de un Mézerai. Pero desde que los reyes han dejado de ser los únicos opresores, desde que los pueblos han tenido tambien la pretencion de ser soberanos absolutos, y desde que merced al contagio de una autoridad sin limites se han manifestado los déspotas mas ciegos y crueles, y que por una consecuencia necesaria la multitud no ha carecido de aduladores, la utilidad práctica de la historia se ha extendido á todas las clases de la sociedad: sus lecciones, pues, se dirigen á todos y viene á ser indispensable penetrarse de ellas para apresurar el momento en que los pueblos desengañados de tan seductoras como corruptoras ilusiones, se convengan de que la nacion mas feliz es aquella cuyas instituciones presenten al abrigo de un poder enérgico y protector las garantías para el reposo de los ciudadanos y para la apacible y dulce cultura de la industria, de las artes y de las letras.—Pero sea cual fuere la estension que se quiera dar á las graves instrucciones de la historia, la moral que se puede sacar de ella siempre es la misma, siempre se funda en el respeto debido á la autoridad legal, bien sea ejercida por los reyes en una monarquía, ó á nombre del pueblo por magistrados electos en una república. En todo tiempo y lugar la historia condena las guerras injustas, sin distinguir si han sido decretadas por el antojo de una multitud ansiosa, ó dictadas por la ambicion de un orgulloso monarca: deshonra á los opresores y á los tiranos que encuentran tan frecuentemente en la tribuna y en la plaza pública donde se decreta el ostracismo, como bajo el trono imperial y en los consejos de un déspota sombrío.

Por lo demas, la moral de la historia se reduce á un corto número de principios fundamentales, porque toda ciencia verdadera es simple en sus elementos.... Apego á la religion, al suelo y á las instituciones del pais; res-

peto á las tradiciones de los antepasados, deferencia á la vejez, fidelidad en los tratados, humanidad en la guerra y amor al orden en la paz; he aqui, si no me equivoco, con corta diferencia el código completo de esta moral. ¡Ay de aquellos seres corrompidos, que menospreciando á la humanidad, no estudian la historia sino con el fin de aprender el abuso de la fuerza, y el arte de engañar hábilmente á los hombres. No son menos dignos de compasion los que notando grandes diferencias en la religion, en las costumbres y opiniones de los pueblos, solo sacan de ellas esa tan triste y desconsoladora imparcialidad que se manifiesta tan indiferente al bien como al mal, y que recuerra á Suetonio, refiriendo friamente las indecencias del lecho imperial! Qué cierto es que se puede abusar de la imparcialidad, que es la primera virtud del historiador, así como se abusa de todo lo bueno: la imparcialidad llevada al extremo, cuando se trata de la religion, se convierte en escepticismo; cuando se trata de la patria en indiferencia y egoismo, y cuando es menester pintar la virtud en culpable indiferencia. El historiador inflexible en sus juicios acerca de los hombres perversos, puede complacerse cuando encuentre que celebran algo noble y sublime en las acciones de los hombres; pues solo entonces tiene derecho para dejar percibir sus sentimientos, sus afecciones y su entusiasmo; fuera de esto, la imparcialidad mas rigurosa debe presidir á sus relaciones, pues de otra suerte la historia, decaída de su dignidad, no sería ya mas que un toco acomodaticio para declamaciones de circunstancias.

### III.

#### *Fuentes de la historia antigua.*

Dejo por un instante estas consideraciones para entrar en pormenores mas didácticos. ¿Cuáles son las fuentes de la historia, comenzando por la historia antigua? A esto responde la escuela de Voltaire. Poseemos tres monumentos incontestables: el primero es la coleccion de las observaciones astronómicas hechas por espacio de 1.900 años consecutivos en Babilonia, enviadas por Alejandro á Grecia, y empleadas en el *Almagesto* de Tolomeo; el segundo es el eclipse central del sol, calculado en China 2.255 años antes de la era vulgar, y reconocido verdadero por todos los astrónomos; el tercero, aunque muy inferior á los dos anteriores, existe en los mármoles de Arundel, donde está grabada la crónica de Atenas 263 años ántes de nuestra era; pero no comienza sino desde Cécrope 1.319 años ántes del tiempo en que fué

grabada. En este siglo de imparcialidad, sin la cual no hay verdadera critica, confiesan los sábios que se poseen otras muchas fuentes, que afectan menospreciar Voltaire y su escuela, hablo de los libros religiosos de las diversas naciones del Oriente: ya no estamos en el tiempo en que se aislaba la historia antigua de estas fuentes sagradas, sin las cuales no tendria ni autoridad, ni sancion y ni aun principio. El *Genesis* es el primer libro que el historiador debe consultar, y mientras mas lo estudie mas reconocerá cuanta confianza y respeto, humanamente hablando, merecen las tradiciones recopiladas por Moisés. „Ignoramos, dice Muller en su *Historia universal* (cap. III), cuantas veces ha salido y se ha puesto el sol, desde que en los riuenseños prados del reino de Cachemira, ó sobre las saludables alturas del Tibet, animo el Criador con su divino aliento el limo que formó al primer hombre; pero cualquiera que sea nuestra incertidumbre con respecto á esto, está probado que la era de todas las naciones comienza poco mas ó ménos en una misma época. Las largas series de siglos de que hablan los chinos, los indios y los egipcios, no son mas que cálculos astronómicos que no pertenecen á la historia. La crónica mas antigua de los chinos, el *Tschou-King* no comienza á ser histórica sino hasta la época de la guerra de Troya, y su autor es posterior á Homero y á Hesiodo. Los tiempos históricos de los indios no llegan mas que á 5.000 años. Conforme á los libros sagrados de los hebreos, calculados segun el sistema que me parece mas verosímil, creen que pueden contarse 7.506 años desde la creacion del hombre referida en la Sagrada Escritura, hasta 1.784.—Consúltense tambien los escritos y los cálculos de Cuvier, de Biot y de otros sábios ilustres que despues de Muller han ensanchado el dominio de la ciencia cronológica, y se verá que su ingenio no solamente se humilla ante los libros sagrados, sino que encuentra en ellos hechos del todo acordes con la exactitud de sus cálculos, y así el *Genesis* viene á ser la primera fuente histórica. Viene despues Herodoto de Halicarnaso, este Herodoto á quien la critica ligera y subversiva del del siglo XVIII ha acusado tantas veces de haber mentido; pero despues que se ha estudiado el Egipto y el Oriente, se ha aumentado la gloria del padre de la historia profana, y se ha reconocido la presuminosa ignorancia con que algunos críticos temerarios desecharon de él multitud de pormenores acerca de las costumbres y de la geografia, por la sola razon de que no habian visto cosa semejante en nuestras co-

marcas modernas. Sin embargo, es preciso confesar que á pesar de la fé adquirida en el *Génesis*, y en las antiguas tradiciones que Herodoto ha podido coleccionar acerca del Egipto, la Persia y la Siria, no nos quedan del mundo primitivo mas que algunos fragmentos de poesías, bastante oscuros, ó cánones de reyes, cuya autenticidad no está probada.—Sea cual fuere la importancia que pueda darse á los descubrimientos recientes, y sea cual fuere el mérito de los que los han hecho, cuántas tinieblas no envuelven aún á la cuna de la monarquía egipcia! Si bien se ha podido rasgar el velo misterioso de algunos geroglíficos y sacar del olvido el nombre de tal dinastía ó de tal príncipe que permaneció desconocido hasta entonces, jamas se conseguirá dar un interés positivo á las épocas contemporáneas del nacimiento de las sociedades, cuyos recuerdos están sepultados en la misma tumba que encierra á las generaciones que ellas vieron nacer. Lo mismo sucede con respecto á la Asiria. Por cuántas cuestiones insolubles se encontraría circungirido y detenido, el historiador que pretendiese restablecer sus anales. Cuántos imperios de Asiria ha habido? El examen de este solo punto manifiesta desde luego toda la estension y dificultad de la empresa que habría emprendido. ¿Qué valor no necesitaría para emprenderla, sin esperanza de llegar á obtener resultados proporcionados á la fatiga de sus investigaciones! La Persia y la India con sus libros religiosos que la *linguística* (1) ha comenzado á explorar, van á aumentar sus dificultades.

El origen de los sirios y fenicios, el principio de la sociedad en el Asia occidental, en Grecia, en Italia, en Iberia y en las costas septentrionales del Africa; ofrecen tambien muchos problemas á la crítica y para resolverlos, si bien se encuentra algun auxilio en Herodoto, Tucídides, Diodoro, Pausanias y en el viejo Homero que tambien es una fuente histórica, ninguno de estos autores ha reunido bastantes hechos y documentos para que el historiador pueda construir un sistema satisfactorio.

## IV.

*Historia antigua: no debe separarse la griega de la romana.—Repúblicas antiguas.—Principales bosquejos históricos.*

Supongo que á fuerza de perseverancia, de erudición y de sagacidad, el historiador haya

(1) *LINGUISTIQUE* sus. fem. tratado sobre el estudio de las lenguas.—Estudio y conocimiento de las lenguas en general.

acelerado las épocas fundamentales de la cronología, que de cualquiera manera haya pasado los desiertos de la historia, y que haya llegado á los tiempos verdaderamente históricos, entonces se le presentarán otras dificultades y otros deberes. Si intitula su obra *Historia antigua*, irá conforme á un método, á mi entender, absurdo, y no obstante, generalmente seguido en Francia, separar la historia griega de la romana, y no manifestar la cuna de Roma sino despues de haber pasado sobre la tumba donde yace la libertad griega. Lejos de ésto una marcha anfilógica, y para tomar el buen camino, no le faltarán modelos: tales son Veleyo, Bossuet, Juan de Muller, el modesto y sabio abate Gerard, cuya *Historia antigua* sin concluir, es muy poco conocida, y en fin, hasta en las escuelas ménos elevadas, el buen abate Gaultier, que tuvo el don de la enseñanza primaria, es decir, la mas simple y popular, y por consiguiente la mas útil; mas para el historiador que quisiera elevarse á altas consideraciones, y vivificar su obra por medio de oportunas comparaciones, qué felicidad, de tener que presentar en el mismo periodo á Licurgo y á Rómulo, poniendo ambos las bases de una constitución que debía formar un gran pueblo! Pero supongo que ha llegado á los tiempos verdaderamente históricos; entonces ya su obra no se limitará á fijar datas, á notar anacronismos, á desencantar fábulas graciosas para encontrar un fondo de verdad, sino que tendrá que tratar puntos mas importantes que interesan á la inteligencia y moralidad humana; tendrá que reedificar juicios repetidos de dos siglos á esta parte sobre los hombres y sobre las cosas. Las instituciones de los pueblos la fama de sus gefes, he aquí lo que debe apreciar en su justo valor; exigirá á tal hombre cuenta de su gloria usurpada, reparará para tal otro, el injusto olvido de los historiadores, se guardará bien sobre todo, de preconizar como virtudes políticas, aquellos sentimientos y actos reprobados por la sana moral, seducción á que no han resistido siempre algunos sabios, tales como Bossuet, Rollin y Montesquieu. La historia de las repúblicas griegas lo encontrará sin preocupacion: no presentará todas sus instituciones como modelos dignos de imitacion; sabrá preservarse de un entusiasmo engañoso, repudiar las admiraciones que no es

He hecho uso de esta palabra que no se encontrará ciertamente en el Diccionario de la lengua castellana, porque no he encontrado otra que espese en nuestro idioma con toda claridad su significacion.

[El traductor].

tén comprobadas, y tambien evitar el espíritu de denegacion, y el tono de aspereza. Presentada de este modo esta parte de los anales de la antigüedad, enseñará al lector que solo tuvieron verdadera gloria y prosperidad, las repúblicas donde el primer móvil de los ciudadanos consistía en la obediencia á las leyes y en el amor al orden establecido, y no en los sentimientos de un patriotismo feroz que tan frecuentemente los conducía á maldades atroces, como á acciones loables. ¿Porque fueron tan raros y tan cortos los intervalos de prosperidad, sea en la inconstante Atenas, ó sea en Tebas, donde reinaba una multitud estúpida y perversa? porque las instituciones de estas dos repúblicas, abandonadas sin defensa á las convulsiones de la democracia, dejaban sin fuerza á las leyes, mientras no habia un hombre capaz de hacerlas respetar. Así es, que, la dicha de Atenas no se prolonga por mas tiempo que el de la vida de Pericles, y parece que el vencedor de Leuctres lleva á la tumba la fortuna y la ilustracion de su patria. ¿Porqué al contrario la paciente Lacedemonia y la valiente y sabia republica romana, pudieron contar siglos de seguridad, de fuerza y de grandeza? Porque entre los romanos y los espartitas, estos dos pueblos asombrosos por la constancia con que guardaron su antigua disciplina, una aristocracia poderosa garantizaba la duracion de la ley, del orden establecido y arreglaba el débil entusiasmo de un patriotismo sin debilidad. Se penetrará asimismo de una consideracion; y es que entre los griegos y los romanos, particularmente entre los espartitas, lo que aseguraba la estabilidad de las formas republicanas, era el pequeño número de hombres que gozaban de los derechos de ciudadanía, pues la clase manufacturera ó doméstica que, en nuestras sociedades modernas goza de los mismos derechos que los demas ciudadanos, y compone esta multitud numerosa que se llama esclusivamente *pueblo*, no existía, ó al ménos no existía sino por una especie de excepcion entre los antiguos. Todas las profesiones liberales estaban abandonadas á esclavos, cuyo número excedía casi siempre al de sus amos, pero que formaba, por decirlo así, otra especie humana con la cual no se contaba para nada en las transacciones públicas, y dejaba á la reunion de los ciudadanos, verdadera feudalidad republicana, arreglar cómodamente los intereses del estado. ¿Quién querría á este precio convertir en democracias las monarquías europeas? Y solo Dios sabe si este régimen podrá convenirles algun día, pero durante la

experiencia que ha hecho de él la Francia, la democracia sin esclavos ha debido proscribir. Entre tanto, el historiador filósofo debe reconocer que en nuestros estados modernos hay mas felicidad, proteccion, libertad é instruccion para las masas que en las democracias mejor organizadas de Grecia y de Italia. La historia antigua no está tan llena con los seductores ejemplos de las virtudes republicanas que dejan de encontrarse en ella las virtudes de algunos reyes, y la felicidad de los súbditos de las antiguas monarquías. Los escritores antiguos han hecho cuanto ha estado de su parte para darles el menor lugar posible, pero esto no debe ser para el historiador que viniere hoy á tomar como filósofo las seductoras narraciones de aquellos; un motivo de apartar su atencion de los príncipes, tales como Sesostris, Psamético, Amasis, Ciro, Evagoro, Numa, Servio Tulio, Ezechias etc. La gloria de los conquistadores cuyas azañas fueron inútiles á su patria, debe exigir un examen atento. Pordichoso y hábil que haya sido Filipo de Macedonia, su gloria carece de brillo, y su nombre se encuentra colocado por todos los historiadores en un rango muy superior al de su hijo. El historiador no debe encontrar embarazo para infirmar un juicio tan general manifestando su falsedad: puede mostrar la conveniencia, la posibilidad del proyecto grande, pero no gigantesco, concebido por Filipo, y que consistía en colocar á Macedonia á la cabeza de una confederacion dirigida por un monarca en los límites de la Grecia. Alejandro aun antes de subir al trono, concibió un plan, que en todos tiempos ha sido impracticable, el de una monarquía universal. Que no se cite el ejemplo de Augusto y de los Césares, pues que ellos no formaron tal monarquía, la encontraron formada, y sus sucesores la fueron perdiendo por partes. Filipo, árbitro de la Grecia, no pensaba sino en ser un nuevo Agamenon, humillando á la Persia. Alejandro resolvió conquistarla, y la desdichosa Asia le opuso poca resistencia, no hubiera sido lo mismo en Europa, contra la cual pensaba este príncipe volver sus armas, despues de la conquista de Oriente. Los curiosos que querian profundizar esta cuestion, la encontrarán tratada á fondo, en la elocente digresion de Tito Livio, sobre las aventuras desastrosas que hubieran detenido á Alejandro en una invasion á Italia. Los admiradores del conquistador Macedonio, entre otros, Montesquieu, no han querido ver en él sino un bienhechor de la humanidad, cuyas armas no habian tenido otro objeto que

estender los limites de la civilizacion. Montaigne, como lo ha manifestado el sabio Sainte-Croix, ha exagerado la importancia de algunos de los establecimientos dejados por el vencedor de Arbellas en los países que recorría; por lo demas, bajo este punto de vista, desde el tiempo de sus reyes, Roma habia dado el ejemplo de consolidar y de nacionalizar las conquistas, estableciendo colonias. Sin duda, Alejandro mostró en muchas circunstancias, miras dignas del alumno de Aristóteles; sin duda habia aprendido en la escuela de tal maestro á generalizar sus ideas y á concebir leyes generales. Pero despues de la expedicion de las indias ¿qué podia hacer esperar la continuacion de su reinado, cuando el monarca no trataba de desembragarse? Estoy tentado de creer que Alejandro murió muy á tiempo para la conservacion de su gloria. Cuales son por lo demas, considerados moralmente los actos dignos de elogio que se pretende encontrar en Alejandro? Acaso el que no hizo males: él, que se manifestó tan cruel con el noble defensor de Tiro, con sus mejores amigos; que fué generoso con la familia de Dario? He aqui su acto mas noble, y este es el testo acerca del cual no se agotan los elogios de los antiguos, repetidos hasta el fastidio por los modernos, y esta universal conformidad de la antigüedad, solo prueba, que debe lamentarse un orden social en que semejantes acciones se reputaban como el colmo de la virtud. Qué rey de la moderna Europa no veria como una injuria el que se convirtiese en objeto de alabanza el que no hubiera violado ni quitado la vida á algunas princesas á quienes las vicisitudes de las armas hubieran hecho caer entre sus manos? Ya se deja ver á cuantos casos y caracteres podia aplicarse en la historia antigua este método de juzgarlo todo sin preocupacion ni prevencion, y con entera libertad para admirar ó menospreciar sin ningun comprobante. Pasando á la historia romana, el historiador encontrará las mismas preocupaciones que combatir. Ciertamente cuando la Grecia, diezmada y corrompida por la guerra del Peloponeso, es decir, por cerca de un siglo de guerras civiles, no presentaba mas que corrupcion y violencia: la república romana se distinguia por sus costumbres sencillas y sus verdaderas virtudes: la razon de esto fácilmente se descubre. El pueblo romano sometido á las leyes y bajo la clientela del senado, no pensaba entonces mas que en encontrar, en la agricultura una subsistencia frugal, en la guerra una noble y útil defensa contra sus vecinos celosos, dispuestos siempre á

violar los tratados, y sobre todo, la buena fé romana era lo que hacia entonces y aun poco despues un honroso contraste con la sutileza griega, en una palabra, Roma sin lujo y sin comercio tenia virtudes, porque no conocia todavía los vicios, que son el resultado de las riquezas. Pero ya los excesos de los decenviros y de los tribunos, la avaricia, el rigor y algunas veces el infame desenfreno en las costumbres de los acreedores para con sus deudores, convertidos en sus esclavos, son rasgos que prueban que no todos los romanos eran Cincinatos, Cursios, Camilos ó Fabricios. Mas aqui se presentan importantes reflexiones acerca de los diversos periodos que señala la historia de las naciones.

V.

*Continuacion de las diversas edades de los pueblos.—Decadencia y ruina de Grecia.—Virilidad y vejez de Roma.*

Se ha dicho frecuentemente que los pueblos tienen como los individuos de la especie humana, su niñez, su juventud, su virilidad y su decrepitud. Nada es mas exacto que esta consideracion que el historiador Floro esplanó el primero con toda la pompa de un relámpo, pero que no la concibió como filósofo. La niñez de las naciones presenta al historiador pocos hechos, porque la cuna y la mayor parte de ellas esta rodeada de tan espesas tinieblas, que todos los esfuerzos de la critica no conseguirán nunca disiparlas. La juventud de los pueblos que se anuncia por algunas invenciones sencillas en las artes útiles, así como por heroicas proezas es muy semejante en todos los climas y en todos los siglos: sus anales, fundados sobre tradiciones inciertas, no dejan entrever mas que algunos hechos aislados, ni conocer mas que á hombres todavía muy cercanos al estado natural, y cuyos vicios son tan francos, como sus virtudes sencillas. Así es, que, exceptuando el colorido local, veo pocos ó ménos en los cantos de los bardos caldonios, reproducirse los mismos recuerdos, las mismas pasiones, y casi los mismos hechos que en los cantos del viejo Homero.

No es así en la virilidad de los pueblos, pues entonces es cuando cada nacion despliega el carácter que le es propio: el sello de la civilizacion marca para lo sucesivo con mil señales diversas á los hombres, quienes cada día se apartan mas de la sencillez primitiva de los primeros siglos. Las invenciones de una industria que se aplicaba á las necesidades de la vida, son reemplazadas por las primeras investigaciones

del lujo. Los héroes y los cónsules no dejan ya el mando de los ejércitos para ir á conducir el arado; los reyes no usan ya mantos tejidos por mano de sus mugeres ó de sus hijas; y ya no mandan vender, para subsistir, las yerbas de sus jardines: el atractivo de las artes y de los placeres del espíritu comienzan á alucinar algunas existencias; cuyo bienestar material está para lo de adelante asegurado. A las indomables pasiones, á los sentimientos estremos que hacian obrar á una sociedad medio civilizada, han sucedido las virtudes sostenidas, los designios sábiamente combinados; pero tambien los vicios y las emociones perversas del alma, arreglándose y tomando la marcha de la sabiduria y de la virtud, ejercen destrozos mil veces mas crueles que los impetus pasajeros que distinguen á los personajes de los tiempos heroicos: entonces es cuando la política, armada con sus frios cálculos, viene á ser un arte profundo que muy frecuentemente corrompe las conciencias, confunde las ideas de honor y de moral, y desconoce el crimen para cometerlo. Entonces tambien las combinaciones de la guerra, erigida en ciencia, pueden ser superiores, por decirlo así, á la fuerza física del guerrero y su valor moral; el soldado no existe ya mas que para aumentar el número y obedecer; y el general puede frecuentemente, sin ninguna fatiga corporal y aun sin ningun peligro personal, ganar batallas y cosechar los laureles de la gloria. En este grado de existencia de los pueblos, la historia presenta un interés verdadero, pues que es fecunda en objetos de meditacion. Tal es la Grecia en los tiempos de Themistocles y de Pericles. Tal es Roma, brillante por la gloria de Fábio Cuntator, de los Scipiones, de Flaminio y de Paulo Emilio. De entonces mas ya no carece de documentos el que quiere estudiar la historia. Los pueblos jóvenes aún, tienen, casi todos, los organos dispuestos á las inspiraciones de la poesia; y producen entonces rápsodas, bardos ó trovadores, que conservan las tradiciones nacionales con los maravillosos colores de la fabula, y bastante exactos en la pintura de las costumbres, estos son los únicos historiadores populares de los tiempos heroicos. Unicamente en los pueblos avanzados ya en la carrera de los destinos políticos, es en donde se ven nacer graves escritores que buscan friamente la verdad de los hechos para transmitirla á la posteridad. El mismo grado de interés presenta la historia de las naciones en su vejez, pues que si es interesante saber como se forman las sociedades, no lo es menos el estudiar como se

destruyen. Una civilizacion fuerte, y me atrevo á decirlo, nueva, forma por sí sola los tiempos de gloria de una gran nacion, así como una civilizacion avanzada la sumerge en el abatimiento y en la anarquía: entonces el pueblo descontento de todo gobierno, no sabrá mas que tirarle cobardemente ó aborrotarse sin objeto: entonces podrá encontrar la dicha en una paz vergonzosa, y que comprometa para siempre su dignidad nacional; entonces le será preciso hacer instituciones con pomposas palabras acerca de las cuales nadie estará de acuerdo; entonces, por último, del exceso del lujo nacerá el egoismo en todas las clases de la sociedad, y ponderará los progresos de su comercio, porque todo ha venido á ser venal; no creará ya ni en la religion, ni aun en los sistemas de los filósofos, pero la hipocresía ó la indiferencia se dividirán las conciencias, y los templos estarán llenos de hombres que, levantando los ojos al cielo no pensarán sino en los intereses de la tierra. Tales rasgos, sin duda, podria señalar el historiador en los últimos dias de Cartago, de Corinto, de las monarquias del Asia menor y de Egipto bajo los lagides, si el orgullo de los historiadores romanos se hubiese dignado informarnos del estado interior de los pueblos vencidos por las armas de sus concuñados. Sin embargo, en su defecto, encontramos muchos rasgos característicos de estos pueblos imbuídos en toda la corrupcion pagana, en Luciano, en Temisio, en los padres de la Iglesia, en los escolásticos y en algunos historiadores de la edad media; todos estos materiales están esparcidos, y el grande empeño del historiador, debe ser el reunirlos y emplearlos para formar de ellos un cuerpo de doctrina. Supongo que el historiador en su libro haya llegado á aquella época de la historia antigua en que el pueblo romano, cuya virilidad fué tan larga y sostenida, acaba por segunda vez de humillar á Cartago, y ansia la conquista de Grecia y Asia; entonces para hacer comprender la serie de los acontecimientos, tendrá necesidad de dar á conocer en un rápido resumen la feliz combinacion de la constitucion romana, cuya poderosa aristocracia se renueva y consolida incesantemente por la asociacion de todas las notabilidades populares; la sábia política de aquel senado, que todas las naciones han admirado, pero que ninguna ha podido igualar, y el excelente arreglo de los ejércitos de Roma, cuyos soldados jamas dejaban de ser ciudadanos; pintará aquellas virtudes privadas, compañeras de las públicas, que hacian al pueblo romano digno de tener el mejor gobier-

no, la mejor política y los mejores soldados del universo. Pero después de la conquista del Oriente, Roma, vencedora de todos los pueblos, no tendrá ya más que vencerse á sí misma: esto es lo que Velejo Patéculo ha expresado tan bien diciendo al comenzar su segundo libro. «El primer Scipion dió principio á las más brillante carrera de la fortuna de los romanos, y el segundo á los vicios que debían arruinarlos.» Desde este instante, este pueblo, si merece aún nuestra admiración por sus talentos, va á horrorizarnos con sus excesos; en fin, para Roma el estado de decadencia, ó al menos de anarquía, en la cual va á caer, á datar del tiempo de Mario y de los Gracos, provendrá precisamente del exceso de sus fuerzas. Por el contrario Grecia, el exceso de debilidad, y la ausencia de toda energía, es lo que desde la jornada de Chérona, debe presentar ante los ojos del observador. La Grecia no puede ya resistir á los enemigos que violan su territorio: Macedonios, Sirios, Romanos, cualquier pueblo es bastante fuerte para conquistarla, y los griegos en lugar de oponer al extranjero sus armas, tan temibles en manos de sus antepasados, no saben ya más que componer arengas y volar decretos, cuyos términos lisongeros desarman á sus conquistadores, quienes se encuentran subyugados á la vez. En efecto, si la patria de Leonidas y Aristides, no merece ya gloria, ella la distribuye: la magia de sus antiguos recuerdos, ejerce una influencia sobrenatural sobre las demás naciones, y este prestigio es el que en ella reemplaza á toda fuerza política y á toda consideración moral. Si, aun en medio de las más tristes realidades todavía la Grecia reina por el poder de las fábulas; pues bien pueden llamarse así las ilusiones con que se engaña la vanidad de las naciones y los engaños de que se sirve la política unida á la debilidad. Sin embargo, cuando el historiador muestre la Acaya, próxima á ser provincia romana, tendrá que investigar un fenómeno que yo llamaré único, al menos en la historia antigua. ¿Por qué Roma victoriosa, y hasta entonces tan altiva en sus triunfos, se permite á sí misma cortejar á la Grecia vencida? ¿Por qué sus generales, sus cónsules y sus oradores, desdénan las costumbres y la lengua de Italia, entrando todos á la competencia en la escuela de los griegos? Roma, que bajo los reyes, no había sido, por decirlo así, sino una colonia etrusca, casi va á convertirse en lo de adelante en una colonia griega; sus sabios no escribirán desde luego, sino en lengua griega; y en el idioma de Tucídides, es en el que Sylla y Táculo compusieron sus memorias: Terencio

se considerará en el colmo de la gloria con ser proclamado un Semi-Menandro; y Virgilio no será ya frecuentemente más que el feliz traductor de Homero: en una palabra, en cualquier género que sea, la literatura romana no será sino un reflejo más ó menos exacto de la literatura de Atenas; y que títulos, políticamente hablando, tiene la Grecia á tan gloriosa imitación? humillada en sus relaciones con las demás naciones, ve á la anarquía reinar en sus más florecientes ciudades, y si esta cesa un instante, es para hacer lugar al despotismo de un jefe extranjero. Aristion, tirano asalariado por Mitridates, oprime á Atenas; recibe de Sylla el castigo de sus maldades, y al instante es reemplazado por los publicanos de Roma, quienes quitan á la ciudad de Minerva sus estatuas, sus cuadros, sus vasos preciosos y su oro. ¿Por qué asombrosa metamorfosis los descendientes de los Temistocles, de los Timoteos y de los Cahrias, no son sino los hombres más cobardes en el campo de batalla? ¿Por qué se encuentran entre ellos tantos filósofos y no un Sócrates; tantos oradores, y no un Demóstenes? ¿Qué digo? ellos no tienen ya ni aun para conducirlos al combate, algunos de aquellos demagogos, que como el presuntuoso Cleon, sabían al menos sacrificar su persona. El historiador preguntará también: ¿por qué solo Esparta ha conservado alguna existencia política; pero que bien pronto va á perder? por qué la energía que animaba á los vencedores de Maraton, de Salamina, de Leuctres y de Mantinea, y que en vano se buscaría en lo sucesivo en Tébas y en Atenas, se ha vuelto á encontrar repentinamente en este rincón de la Grecia hasta entonces oscuro, que forma la liga aqueana? porque este fuego sagrado de patriotismo, apagado en el corazón de los Atenienses, quienes se habían vuelto cobardes, charlatanes y voluptuosos, renace repentinamente en el seno de una población, cuyos padres podían, con razón, desdenar la inferioridad política y militar. ¿Almas de Arato y de Polifemo, entonces escuchando un nuevo Tucídides osará invocarlo? y os pedirá el secreto de la nueva existencia que disteis á vuestra patria. Arato, Polifemo, ¡qué hermosos nombres! ¿Qué hombres, cuyas virtudes personales suplen las virtudes de que carece su patria! Milciades, Aristides y Leonidas, son sin duda caracteres muy puros; pero sus virtudes eran de su siglo, parecían fáciles entones y eran habituales: no así las de los dos héroes aqueos; que eran exclusivamente suyos; pues que formaban la excepción de los vicios de sus contemporáneos, y de ello se avergonza-

ba su siglo. Cuán fecunda es también en sorprendentes lecciones, y aun en felices semejanzas, la vida de estos dos grandes hombres, de los cuales, uno pereció víctima de la pérdida amistad de los reyes, y el otro de la ingratitud de la democracia.—Dueña del mundo occidental, Roma llega á la época en que, según la bella expresión de Montesquieu, «el universo entero estaba ocupado en saciar la dicha de cinco ó seis monstruos.» Tal es la vejez de Roma, vejez fuerte y largo tiempo lozana. Con Roma caerá el antiguo mundo, la idolatría, la religión de la materia: en su lugar llegarán veinte naciones bárbaras, pero jóvenes y llenas de esperanza en el porvenir. Una religión divina, con su cruz, signo de manumisión y de victoria, reemplazará el antiguo culto del capitolio: después en los fecundos designios del Criador, se levantará del seno de la barbarie un estado social mejor que todo lo que había podido presentir y figurarse la filosofía humana.

#### VI.

*Edad media.—Consideraciones históricas acerca de la cuestión de los gobiernos.*

Al desmembrarse el imperio romano de occidente, comienza un nuevo orden de cosas, y esto es lo que se llama *Historia de la edad media*, «historia bárbara de pueblos bárbaros, que, aunque convertidos en cristianos, no por eso fueron mejores.» (*Foltaire*.) ¿Y qué, esta sentencia carece de apelación? La edad media, que se ha convenido en prorogar hasta la toma de Constantinopla por Mahomet II, es una época tan constantemente degradante para la humanidad? Le basta al que quiera convencerse de que durante este periodo, la inteligencia humana no ha dormitado, y de que se ha hecho alguna cosa para la dicha de los hombres, recordar el reinado de Teodorico en Italia, el de Justiniano en Bizancio; el brillo del reino Franco bajo Dagoberto; las conquistas y sùbila civilización de los Arabes, secuaces de Mahomet; las capitulares de Carlo Magno, los felices esfuerzos de Alfredo el Grande; el poder y la gloria del primer imperio de Rusia; la importancia de la doble corona imperial y real; bajo la casa de Suabia; la riqueza y actividad de las repùblicas de Italia y del Norte, los tiempos de Luisel Gordo y de Felipe Augusto, las Cruzadas con su heroísmo y sus inmensos resultados, los concilios con sus cánones de tan alto interés moral y político, la célebre constitución feudal y militar establecida por los cristianos en Jerusalem, (*asias de Jerusalem*), el renacimiento del derecho romano, la formación de los comunes,

los establecimientos de San Luis, las ordenanzas de los reyes de Francia, etc., sin hablar de las obras maestras de arquitectura religiosa, y de tantas invenciones útiles, desde la del papel de trapo y de la pólvora, hasta la imprenta, y sobre todo, en fin, el establecimiento tan sabiamente combinado de la Iglesia Romana: citaría aun la mezcla, la conservación y la manera insensible de irse borrando las razas que han contribuido, cada una por su parte, á la ruina del imperio romano, y cuyos rasgos más ó menos pronunciados, se encuentran aun hoy en el seno de las poblaciones modernas; semejanzas á las corrientes del Ródano que atraviesan las aguas del lago Lemán sin confundirse con ellas. Un filósofo del siglo XVIII y aun del nuestro, tendría sin duda gran ingenio para condenar la barbarie del XII, pero se mostraría tan limitado en sus miras, como algún monge cronista de aquel tiempo, si antes de condenar, como depósitos astutos, feroces, bandidos ó bribones hipócritas, á los reyes, los guerreros y los pontífices de la edad media, no daba conocimiento de su siglo. Tal acto nos parece hoy monstruoso, y acaso nuestros groseros abuelos lo miraban como una acción común y tal vez apreciable en la vida. Los hombres, á mi parecer, no nacen ni más ni menos malos en un tiempo que en otro: únicamente pueden venir á ser más ilustrados; pero sus luces son como una arma de dos filos que les enseña á refinar sus vicios, y aun á erigirlos en virtudes á fuerza de ingenio. En cuanto á las virtudes reacias, como ellas nacen del corazón, nunca cambian de naturaleza; y acaso con las luces vienen á ser más francas. Uno de los oseritos más antiguos del siglo último, ha desarrollado ya esta verdad: «Mucha ignorancia, dice Marivaux en sus reflexiones sobre los hombres, les dá costumbres bárbaras; la mucha experiencia los vuelve hábiles malvados; porque los hombres mientras más iniquidades de corazón, conocen por la sagacidad de su ingenio, más crímenes cometen. En vano esta misma sagacidad les enseña nuevas virtudes, ellos se contentan con saberlas y no las practican; pero en cuanto á los crímenes, desdichada de aquella asociación en que haya bastante ingenio y experiencia, para saber de cuantos modos sagaces, secretos é impunes se puede cercar de honor, de justicia y de virtud.» En ciertas historias filosóficas era admitido acusar á un gobierno para conceder la aprobación esclusiva á otro, pero semejante marcha no puede conducir jamás á la verdad: así como á las grandes naciones les toca alguna vez ocupar el

primer lugar en el teatro del universo: lo mismo se ve á cada forma de gobierno, predominando sucesivamente: en la antigüedad Grecia y Roma han debido muchos siglos de gloria á las diversas combinaciones del sistema democrático. Cuando Roma llegó á ser la metrópoli del mundo romano, llamaba a un solo hombre á regir el universo. Después de la destrucción del imperio en Italia, constituyeron el estado social de la Europa las monarquías militares, y este despotismo del sable, apoyado en inmensas conquistas territoriales, dió origen al régimen feudal, forma de gobierno más sabiamente combinada de lo que comunmente se creyó, y que cuando se examina profundamente, como lo han hecho Mably, el historiador inglés Gillies M. Savigni, M. Guizot y algunos otros, se asemeja mucho á la constitución de Lacledemonia y á la de Macedonia antes de Filipo. En punto á constituciones, acaso sería muy prudente no admitir ni condenar á ninguna, sino relativamente. Una forma de gobierno en un siglo conviene á un pueblo, que en otro tiempo y en otra nación no podría ser admitida. Pero qué cosa nos proporciona el medio de juzgar de la conveniencia ó de la oportunidad de tal gobierno? Su estabilidad, su duración: porque ciertamente un gobierno nuevo no puede ser nunca apreciado, en razón á que no ha sufrido la prueba decisiva del tiempo, que hace, ó deshace hasta á las revoluciones; es así que, si el feudalismo se estableció y reinó por espacio de algunos siglos en toda Europa, reconocemos que este sistema era entonces el único gobierno conveniente y posible, considerado el estado de las costumbres, de las ideas y de la inteligencia humana. Viene después la época en que el feudalismo comienza á perder toda su virtud, toda su fuerza moral, porque había perdido su oportunidad, y así venia á ser un instrumento de poder inútil, el cual era preciso reemplazar con un orden de cosas apropiado á los progresos lentos, pero reales del estado social de la Europa. Este instrumento se ha encontrado casi en todas partes, y espontáneamente en el poder de los reyes, ligados con el interés de los pueblos para acabar de arruinar y de disolver las ligas feudales, cuyos esfuerzos en sentido inverso de la marcha del tiempo, no eran más que un obstáculo al bien y á las nuevas ventajas de que iba á gozar el género humano, libertado de la servidumbre del ferrazgo. Desde este instante llegó su vez al gobierno puramente monárquico: templado con las ideas de honor y de conveniencia, que eran entonces y que aun hoy

ejercen un poder real, ha dado algunos siglos de gloria á todas las monarquías de Europa. Durante este feliz intervalo para la humanidad, ha sido cuando la industria, las artes y el comercio han tomado su vuelo; cuando la religión cristiana ha sido mejor comprendida en su espíritu y mejor arreglada en su disciplina; cuando la iglesia se ha encerrado en la iglesia; cuando la opinión pública se ha formado, y cuando el derecho de la guerra se ha dulcificado. En vista de todos estos resultados, no se negarán sin duda los beneficios que la Europa debe á la monarquía. Pero asimismo, como nada queda estacionario en la tierra, á la sombra de este nuevo orden de cosas, el pueblo con quien hacia tantos siglos no se había contado para nada entre los poderes de la sociedad, súbitamente ha emprendido su carrera, y ha venido á ser repentinamente un poder en el estado, y como tal se ha mostrado invasor: de aquí la necesidad de los príncipes de satisfacer á nuevas exigencias; de aquí la necesidad de constituciones bien definidas, en virtud de las cuales, el pueblo, libre en sus creencias, en sus propiedades y en su industria, es llamado á tratar de igual á igual con los demás poderes de la sociedad. Con esta extensión de ideas y con esta libertad de opiniones, es con la que un hombre que pretende ser historiador, debe considerar los siglos y las instituciones humanas; pero querer traer las épocas de la historia al nivel del tiempo presente, tomar la opinión de hoy que no será ciertamente la de mañana, por término de comparación con un orden de cosas y un estado social distante cinco ó seis siglos, juzgar á los hombres groseros de la edad media como á los refinados diplomáticos del siglo actual, es reducir la historia, desconocer el primero de sus deberes, que es la imparcialidad, y transformarla en sátira. La independencia de las doctrinas no se encuentra ni en las temeridades del espíritu de incredulidad y de oposición, ni en las condescendencias de una pluma servil. La verdad no enarbolaba ninguna bandera y sin eclecticismo no hay ni verdadera historia, ni verdadera filosofía.

## VII.

*Historia moderna.*

„La grande utilidad de la historia moderna, dice Voltaire, y la ventaja que tiene sobre la antigua, es que enseña á todos los potentados, que desde el siglo XV, todos se han reunido para contener á cualquiera que ha parecido demasiado preponderante. Este sistema de equili-

brio siempre fué desconocido de los antiguos; y esta es la razón del buen éxito del pueblo romano, que formando una milicia superior á la de los demás pueblos, los subyugó sucesivamente desde el Tiber hasta el Eufrates. Me asombra á la verdad oír decir al juicioso Heeren, al principio de su *Manual historial*, que *la historia moderna* no se separa de la *historia de la edad media*, por ninguno de aquellos hechos extraordinarios que constituyen épocas generales. ¿Pues que no es un acontecimiento demasiado notable la caída del antiguo imperio de Constantinopla? ¿qué no lo es el nacimiento de ese sistema de equilibrio entre los diversos estados de Europa? ¿qué dejan de serlo los cambios efectuados hácia esta época en las costumbres, en las opiniones, en los intereses y en la política, á consecuencia del descubrimiento de América y del paso á las Indias orientales? ¿Medio siglo después vendrá la reforma que tendrá por resultado el derribar en parte el antiguo sistema de Gregorio VII, sin detener los progresos de la civilización, debidos casi exclusivamente durante la edad media á la influencia del sacerdocio católico. Los grandes estados formados por la sucesiva reunión de los feudos, con tendencias de absorberse á los pequeños, ¿ya sea por la conquista, ya por los matrimonios; pero esta tendencia á la unidad absoluta, es detenida por el sistema de equilibrio que se desarrolla y regulariza en medio de las guerras de Italia: lucha inútil y funesta para la Francia como potencia política, pero que debe contribuir á esparcir en ella la afición á las artes y á las letras. Los descubrimientos marítimos proporcionaron á la Europa la conquista del resto del mundo; el interés religioso que en la edad media dominaba toda la política, no será verdaderamente poderoso, sino durante el ardor de las guerras de la reforma; y una vez restablecida en Europa la paz religiosa, todo lo absorberá el interés comercial. Desde el siglo XV hasta el XVIII el solio victorioso por todas partes del feudalismo, llegará, por decirlo así, á su apogeo. Qué espectáculo el de Carlos VII y Luis XI, ambos luchando con igual fortuna, aunque de diverso modo contra la hidra feudal! Qué monarcas tan fuertes y espléndidos, un Carlos V, un Francisco II! Las instituciones liberales de la edad media son destruidas, ó violadas, ó enteramente olvidadas en España y en Francia; y solo en el imperio se sostienen á la sombra del sistema electoral; y no obstante el luteranismo, que sirve maravillosamente al poder de

los príncipes, en los electorados de Alemania, contribuye tanto como la política francesa y los turcos á oponer una barrera al poder colosal de la casa de Austria. La paz de Ausburgo en 1555, da al luteranismo una existencia legal en el imperio. El calvinismo, sistema enteramente republicano, turba á la Francia y se enseñorea en las repúblicas Helvética y Holandesa. La Inglaterra despedazada durante medio siglo por la querrela de las dos rosas, descansa bajo el cetro de hierro de los Tudors, quienes hacen en ella bajo el nombre de alta iglesia, una reforma que no es ni la de Lutero ni la de Calvino. El parlamento tan docil, bajo un Enrique VIII y bajo una Isabel, se subleva contra los Estuardos, y el virtuoso Carlos I, dejando en el cadalso su cabeza enaneada antes de tiempo; el egoísta y mustio Carlos II muriendo en paz sobre el trono; el piadoso, débil y obstinado Jacobo II, yendo á acabar sus días en un destierro, parece tanto por sus desgracias como por sus días de prosperidad, que predice el trágico y maldonado destino de los Borbones, quienes tienen además tan notables rasgos de semejanza con los Estuardos. La unión de Calmar, que reúne las tres coronas del Norte, es disuelta por la Suecia después de más de un siglo de esfuerzos; la Rusia se liberta de los Mongoles; la Polonia es hasta mediados del siglo XVI la potencia preponderante del Norte. La guerra de treinta años marca la última lucha de la reforma contra la casa de Austria, y el tratado de Westfalia que la termina en 1648, es para el calvinismo lo que un siglo antes (1555) la paz de Ausburgo fué para el luteranismo. El Norte y el Mediodía de la Europa no son ya en lo de adelante dos mundos separados, la Saecia interviene de una manera positiva en los negocios del Occidente, y bien pronto llegará su vez á la Rusia. Quince años después del tratado de Westfalia, la paz de los Pirineos reconcilia á la Francia con la España, (1663) y aquí comienza en realidad el reinado de ese gran rey, cuya gloria llena el mundo, y se une á la edad más gloriosa de la literatura francesa: época rica, inagotable, acerca de la cual Voltaire, Lemonley y tantos otros no habían dicho todo lo que acaba de explorar bajo nuevos puntos de vista, Mr. de Cæpigne, ingenio de primer orden, á quien ya debíamos documentos y consideraciones sobre los tiempos de Felipe Augusto y de la Liga. Todas las ideas de orden, de civilización y de bienestar para las poblaciones, emanan del gobierno de Luis XIV, á quien todos los reyes



de Europa temen y odian, pero á pesar de todo le imitan en sus mejoras administrativas y militares. Envegece él, pero su ambicion siempre jóven, imponiendo á la Francia la desastrosa guerra de sucesion, procura á la casa de Borbon el trono de España, y bajo el reinado siguiente la corona de las Dos-Sicilias; mas la caída de los Estuardos y la elevacion de Guillermo de Orange al trono de Inglaterra, hacen á las afecciones, al orgullo y al poder de Luis XIV un cruel contrapeso para la elevacion de su familia. A su muerte, la regencia hábil y depravadora de Felipe de Orleans acaba de corromper á la corte, á los literatos y á cuanto se acerca á los grandes. La elevacion de los reinos nuevos de Prusia y de Cerdeña, marca los primeros años del siglo XVIII. La Prusia se enriquece, así como la Holanda y la Inglaterra con los capitales y la industriosa poblacion que ha lanzado de Francia la revocacion del edicto de Nantes. La Prusia que se engrandece bajo Federico II, como la Rusia se eleva bajo Pedro el Grande, debe ser con la Inglaterra el árbitro de la Europa; mientras que la Francia se debilita bajo el inerte Luis XV, y hasta fines del siglo XVIII, y sobre todo, á principios del XIX no será cuando la Rusia lograra este grado de poder que hoy amenaza á la Europa y á la Asia. La Polonia, victima de la anarquía y objeto de dos vergonzosas reparticiones, es absorbida por la Rusia, la Prusia y el Austria; la Suecia es humillada, la Turquía despojada, la Dinamarca paciblemente gobernada por reyes paternos y despotas, apenas es contada entre las potencias, y la Inglaterra ha sabido mantener en el continente, el equilibrio entre el Austria y la Francia, con provecho de la Prusia, cuya elevacion conviene á su política; pero la misma Inglaterra quebrantará este equilibrio con provecho suyo, tanto en el mar como en las colonias; y á pesar de perder las mas hermosas que posee en el Occidente, para lo cual no deja de cooperar la Francia, ella funda en el Oriente un imperio mas vasto que el de Alejandro y de los Mongoles, y permanece la señora de los mares, en tanto que la Francia y la España han perdido su marina y sus colonias. Pero se trata ya en las antiguas monarquías de Europa de marina, de colonias y de equilibrio, porque la palabra mágica de libertad ha libertado á los mares y conmovido el trono del único rey que en Europa se atreve á sostener la insurreccion americana. La revolucion francesa comienza y todo lo cambia, todo lo derriba, todo lo abisma. Luis XVI, María Antonieta, el Duque de

Orleans, Danton, los girondinos, Robespierre, los montañeses, los nobles, los generales, los sacerdotes, los artesanos, todas las clases, todas las opiniones, todos los estados; la virtud, el talento, el crimen, la riqueza, la pobreza, todo en fin, se nivela en la guillotina, todo es arrojado por el torrente revolucionario; y la Europa en su estupor y espanto, no reconoce á la Francia sino en el heroísmo de sus ejercicios. Sin embargo, en medio de tantas maldades, brillan en el interior acciones desinteresadas y virtudes dignas de los mas bellos dias de Grecia y Roma. Sometida muy frecuentemente á la fatalidad del crimen, la convencion se presenta algunas veces grande, y los jóvenes guerreros son mejores que los heroes de Homero; pues vistos de cerca es cuando parecen gigantes. En fin, la imaginacion puede tambien mostrar sus nobles cortesanos en la proscripcion y en la desgracia. Al fin la tormenta revolucionaria amenazada aún, pero menos terrible: el directorio, pálida imagen de un gobierno regular, es el resultado y la expresion del cansancio de las facciones. Sin consistencia, sin plan, sin talento, estos reyes de un dia tienen tambien sus cortesanos y sus orgias; y aunque poco temidos son bastante despreciados. Bonaparte aparece, el directorio ya no existe. Bonaparte es cónsul, bien pronto emperador, y en ménos de diez años habrá sucesivamente renovado á Clodoveo, á Carlomagno y á Luis XIV. Como Clodoveo hace triunfar al cristianismo en Francia, y puede llamarse el hijo primogénito de la iglesia; como Carlomagno ciñe la doble corona de emperador y de rey, es legislador, protector de las letras y conquistador; como Luis XIV, y desgraciadamente como Luis XVI toma una esposa de la casa de Austria, como el gran rey, quiere que su familia reine en España, como hombre de gran fortuna, quiere que reine en todas partes. Los reyes de Europa se ligan contra él, después de haberlo adorado como á un Dios: cae y con él sus hermanos, los pequeños reyes; cae, y todos los tronos vacilan, y los pueblos que han ayudado á sus príncipes á arrojar al usurpador, según se le llamaba, después quieren que sus príncipes les den constituciones en cambio de tanta sangre derramada por su causa. Aquí como siempre la Francia que ha recobrado á sus antiguos Borbones, da la norma á la Europa, y la restauracion de Luis XVIII abre una era muy pacífica de conquistas y de concesiones constitucionales. Luis XVIII se muestra fiel á la carta que ha dado: muere en paz y respetado. La historia dirá porqué

fatalidad el buen Carlos X, cual otro Jacobo II, perdió piadosamente su reino. Dios le devuelve una corona en un mundo mejor! Cuando Napoleon cayó, todas las armas de la Europa campeaban en Francia: cuando Carlos X partió de Saint-Cloud, la Europa se mantiene pacífica; sus monarcas vieron pasar al rey que se iba y esperaron. En Neully se encontraba un Borbon, hombre sabio y prudente; en su juventud valiente capitán, después emigrado, proscrito en ambos campos, luego feliz esposo de una alta real, buen padre de familia, después comprendido como príncipe en la restauracion, y luego convertido en alteza real por Carlos X, se le ofreció la corona caída en la revuelta, él no la rehusa y es proclamado por los diputados, nadie se opone á ello y la Europa tambien deja obrar. Solo la Bélgica y la Polonia se conmueven. El rey de Holanda pierde la mitad de sus pequeños estados; y Leopoldo de Sajonia Coburgo, nombrado rey en el escrutinio, vino á ser yerno de Luis Felipe. Sabe Dios lo que vino á ser de la desgraciada Polonia, agobiada por el Coloso Ruso. Desde entonces, al través de los tumultos á despecho de las conspiraciones, de las máquinas infernales, de las temerarias empresas de los Vendeanos y Bonapartistas, el trono de Luis Felipe se ha afirmado y consolidado, así como los árboles anudados que crecen y se fortalecen en medio de las tempestades. Por una parte, Amberes batida, Amona quitada, Argel conservado, no sin gloria, luego las antiguas rivalidades de Francia é Inglaterra, confundidas en un interés comun de libertad y de equilibrio europeo; por otro la llaga fresca de la España; el torpe rasguño de la Suiza, y la iniciativa del derramamiento de sangre por la policia en los tumultos de las calles; hé aqui hechos y resultados dignos de toda la atencion del historiador, y lo que no lo es ménos, el ver entre los hombres de la revolucion á los mas sabios y hábiles hacer hoy todos sus esfuerzos para encadenar á su madre, que hija del tiempo, siempre como Saturno, desde 1789 ha devorado á sus hijos.

## VIII.

*Del fatalismo aplicado á la historia de la revolucion de Francia.*—M. M. Lacretelle, Mignet, Thiers.

Así es que á pesar mio, me encuentro conducido á esta idea del fatalismo en la historia, que anuncié en las primeras páginas de mi escrito. En efecto, cuando un historiador compara lo que era la Europa en 1774, cuando el

advenimiento de Luis XVI, á lo que es hoy, ¿no se verá tentado de reconocer que una ciega fatalidad preside á los destinos humanos? Para no hablar sino de los acontecimientos que han pasado de medio siglo acá, que se me diga qué rey fué mas popular que Luis XVI en tiempo de la guerra de América, y cuando en 1789 se pronunció con su hermano Luis XVIII por la doble representacion del tercer estamento? Y no obstante, tres años después.... Qué á la fatalidad; á la Providencia será á lo que atribuya la historia el inmenso poder de Robespierre, tribuno sin talento, sin exterior y sin valor, despota sin tesoro y sin ejercicios? Y toda la historia de Napoleon no parece sometida al imperio de la fatalidad! La fatalidad hace cincuenta años ¿no persigue sobre todos los tronos á la augusta casa de Borbon, como entre los griegos persiguió á la raza de Pélope y á la de Layo, como en Inglaterra ha perseguido á la de los Estuardos? Ocho dias mediaron apenas entre el *Te Deum* de Argel y la tormenta de julio de 1830! Si, no debemos asombrarnos de que Herodoto, tan profundamente penetrado de las tradiciones religiosas de su patria, haya marcado su historia con esta sombría doctrina, que hace tan profundamente patéticos los dramas de los trágicos griegos. Este dogma de la fatalidad se encuentra en todas las religiones antiguas, y á la ley del destino es á la que los dioses de la Grecia no podian sustraerse: éste es el porvenir de gloria y de duracion, que los oráculos de Júpiter Lacial prometian al pueblo del capitolio, á los habitantes de las siete colonias. Esta doctrina se revela tambien en el Génesis y en nuestros libros sagrados, donde se llama *predestinacion*. En vano la razon se subleva. «Toca por ventura al vaso de barro, dice San Pablo, levantar la voz contra el alfarero?»

Por lo demás, considerando filosóficamente este dogma, es el mismo que el de la necesidad, que es eluye la libertad del hombre y todo lo que es arbitrario; que sujeta al universo á leyes invariables, sin las cuales no podría subsistir; y desgraciadamente se puede abusar de esta doctrina con detrimento de la moral. Tambien á los historiadores de la escuela fatalista está impuesta esta gravedad austera que nace de una profunda conviccion, y que nunca se espresa ligeramente acerca de las grandes verdades que forman la base del orden social, y este temor es el que ha conducido á muchos filósofos á proscribir esta escuela: así lo hace M. de Chateaubriand en su elocuente introduc-

ción á sus *Estudios históricos*; pero algunas páginas mas adelante, cae el mismo en el sistema que combate, no encontrando para explicar el terror de 1793, otro medio, que compararlo al azote contagioso que siempre ha despertado tan poderosamente las ideas de fatalismo entre las poblaciones. „El terror, dice, no fué una invención de algunos gigantes“ fué simplemente una enfermedad moral, una peste.“ Encuentro mas poderoso este argumento de M. de Bonal contra el fatalismo: „El destino, dice, es en política lo que el azar es en física; y como el azar no es segun Leibnitz, mas que la ignorancia de las causas naturales, el destino y la fatalidad, no son mas que la ignorancia de las causas políticas.“ ¿Pero cuál es el medio, para el historiador, aun contemporáneo, de evitar esta ignorancia? Tomo por testigos á los tres escritores, que en sistemas tan opuestos han escrito la historia de la revolución de Francia. Uno, M. de Lacroix, brillante en su estilo, dramático en sus relaciones, moral en sus reflexiones, casi siempre moderado en sus juicios, no presenta sino la superficialidad de la historia: rara vez se ha tomado el trabajo de profundizar los motivos por que ha hecho obrar á los personajes; las pacientes investigaciones seguramente no han resfriado su fantasía; pero con qué calor de alma, con qué animación de estilo él recompensa á sus lectores! *Dulcibus vitis*, esclamará algun historiador que solo tenga erudición. Yo convengo: pero lo que ha popularizado en Francia la ciencia histórica no son ciertamente las doctas y pias disertaciones de la academia de las inscripciones; sino las tres ó cuatro ediciones de la *Historia del siglo XVIII*: los diez volúmenes de historia contemporánea, que de veinte años á esta parte ha publicado M. de Lacroix, y en los cuales, con pocas diferencias, ha sostenido las mismas ideas y seguido el mismo sistema, con una constancia y una firmeza, que manifiestan una fuerza en el discernimiento, una estension y una facultad de aplicación, que cada día son mas raras.—Fatalista, si lo fué, M. Miguet, en su brillante bosquejo de la revolución, se ha mostrado pensador y escritor; pero la marcha rápida que habia tomado, le habria, en defecto de su sistema, impedido remontarse á las causas secretas de los acontecimientos, y penetrar, por decirlo así, hasta las entrañas de la historia. Esto es tambien lo que parece no intentó M. Thiers en su cuadro, por otra parte muy vasto y hábilmente trazado de los anales revolucionarios de la Francia. Se conoce que dotado de una alta sagacidad y de una faci-

dad admirable, el autor mas bien ha adivinado que estudiado á fondo á los hombres, cuyas intrigas manifiesta. Pero confieso que en su libro encuentro pocos rasgos que puedan hacer que se le mire como uno de los gefes de la escuela política fatalista.—En suma, MM. Lacroix y Thiers, me parecen, con principios diferentes, ser de la misma escuela, de aquella que une el interés dramático á la filosofía. El primero no aprecia de la revolución mas que las libertades que por medio de ella ha obtenido la Francia: el segundo aprecia de ella los principios y detesta sus excesos; ambos tratan de hacer dramática la historia; pero se echa de ver que mas nutrido con la lectura de los antiguos M. Lacroix, recuerda á menudo con conocimiento el gran estilo de Tito Livio. M. Thiers, es ni mas ni menos, lo que lo han hecho la naturaleza y las ideas del siglo.

## IX.

*Escuela filosófica moderna.—Escuela pintoresca ó descriptiva.—La historia en Alemania.—Herder, Vico.—En Italia, en España, en la Gran Bretaña.—Historia de Polonia.—Historia literaria.—Biografía.*

A la escuela filosófica y racional pertenecen MM. Sismondi, Thiers, Ancillon, Guizot y Daunou. Con que paciencia despues de haber dado tanto brillo á la historia ignorada de las repúblicas de Italia, M. Sismondi ha compulsado todos los títulos de la antigua monarquía francesa y de sus provincias! Se le ha echado en cara el haber, en su preocupacion por las ideas modernas, juzgado muy frecuentemente lo pasado segun lo presente.—Las cartas sobre la historia de Francia de M. Thiers, son á la vez una obra maestra de crítica y de estilo: en las confusas ruinas de la edad media, el autor ha encontrado muchos tesoros. Su *conquista de Inglaterra por los Normandos*, es en mi opinion, uno de los libros mas enérgicamente concebidos, despues del *Espíritu de las leyes*. ¡Qué esfuerzos de erudición y de sagacidad no ha menester para volver á encontrar los títulos de tantas razas magulladas y confundidas por el nivel de la conquista! El *Cuadro de la historia moderna* por M. Ancillon, presenta un resumen rápido, una consideración imparcial y profunda de todas las cuestiones europeas desde el fin de la edad media. El mismo carácter de imparcialidad se encuentra con un saber mas variado y una sagacidad mas viva, en el curso de *Historia moderna* y en el *Ensayo sobre la historia de Francia* de M. Guizot. Cuántos pasos no ha dado este gran ingenio desde las an-

taciones de Gibron, hasta sus admirables lecciones sobre Carlo Magno!—En cuanto á M. Daunou, ya se ha dicho muchas veces, es del todo un benedictino por su conciencia. La escuela pintoresca ó descriptiva, tiene por gefe al historiador de los *Duques de Borgoña* M. de Barante. No es ciertamente á esta escuela á que se acusará de pedir á los siglos precedentes, argumentos para fortificar tal ó cual mira política, y transformar la historia en dócil sofista; ella ha llevado á la ciencia á su sencillez primitiva. A la manera de Herodoto y de Froissad, presenta los hechos tales cuales los han transmitido las fuentes originales, y las tradiciones del tiempo: hace revivir á los personajes de los tiempos pasados, y los presenta con sus opiniones y sus preocupaciones, sin permitir deducir nada ni en pro ni en contra, dejando al lector la facultad de formar el juicio que le agrade. Este modo no puede aplicarse sino á épocas determinadas, y para que interese necesita el antiguo estilo de los primeros historiadores hábilmente engastado en una narración simple y natural. Con efecto, si se tratara de hacer una historia pintoresca con memorias escritas desde que el lenguaje se ha formado, no se lograria hacer mas que una obra fastidiosa. Tal vez la *Historia de los Duques de Borgoña*, es la única que ha podido tener buen éxito en este género; y como se ha dicho, si M. de Barante se ha sobrepuesto á las dificultades de su empresa, por la flexibilidad de su talento, es de temer que haya extraviado á sus imitadores. Por otra parte, la historia escrita con esta prolividad de pormenores inferiores, llenaria bibliotecas enteras; y finalmente, nunca estará al alcance de la multitud, porque la mayor parte de los lectores piden al historiador algo mas que documentos, presentados sin arte, exigen coordinación y resumen de los hechos, prefieren gustosos encontrar en él decididamente una opinion, con tal que se les deje la libertad de adoptarla ó modificarla: ademas, las dos escuelas que acabo de mencionar tienen sus escollos asi como sus ventajas. Al lado del inconvéniente de no juzgar absolutamente de los hechos, se encuentra el de juzgarlos mal; y no hay peor guia en historia que ciertos filósofos sistemáticos, que tratan no de ver las cosas como son, sino como se convienen con su sistema. Por esto yo esclamaré con Juan Jacobo Rousseau: „Los hechos! los hechos!“ El abuso del raciocinio y de la sagacidad, que aun se ha condenado á Tácito, puede dirigirse á casi todos los historiadores de los siglos XVII y XVIII, á Saint-Real, á Millot, á

Reynal, á Mabi y solo Montesquieu sabe doblegar ante los hechos su profunda sagacidad. En cuanto á Voltaire, si se encuentra exento de este defecto, peca en sentido opuesto, desechando con demasiada ligereza todo lo que es congetural.

La Alemania tiene tambien sus escuelas: una puramente histórica, se limita á los hechos y desecha toda forma filosófica; sin embargo, reconoce un encadenamiento providencial en el orden de los acontecimientos. Tal ha sido la marcha de Niehler en sus investigaciones sobre los orígenes de Roma; tal es la de M. Lavigny en su *Historia del derecho Romano*. La escuela filosófica histórica, que tiene por gefe á Hegel, somete el hecho á la idea: segun ella, el entendimiento humano crea el hecho: por el contrario, la escuela puramente histórica dice, que el hecho pone en movimiento al entendimiento humano. Hay ademas, dos escuelas teológicas, de las cuales una hace salir el cristianismo de la razón pura, la otra de la revelación.—Herder, en sus *ideas sobre la filosofía de la historia*, individualiza á la humanidad y la presenta como un viajero, que arrojado sobre esta tierra por una mano invisible, ha recorrido sucesivamente todas las comarcas, siempre modificándose y en lucha contra sí mismo y contra el mundo material. Este noble sistema que simpatiza tan bien con las ideas cristianas, no es nuevo; hace mas de siglo y medio que Vico lo habia adivinado; pero Vico habia caído en el olvido: un jóven historiador, cuyo nombre no desmerecerá junto á los de los hombres ilustres que he mencionado, M. Michelet ha exhumado y propagado la *Ciencia nueva*: tal es el título de la obra de Vico. Ha hecho mas: ha publicado diversas obras, en las cuales vió aplicado este sistema, cuya teoria puede parecer oscura. Mas misterioso aun que Vico, no menos religioso, y por lo regular elocuente, el autor de la *Palingenesis*, M. Ballanche, verdadero druida de la historia, se esfuerza en erigirla en una *teosofía* cristiana. Estas escuelas meditabundas nacidas bajo el cielo germánico, y que han influido ya sobre la ligereza del genio francés, me recuerdan involuntariamente el libro en que toda la *Alemania* revive bajo la pluma de una muger, cuyo ingenio independiente enfureció al despotismo militar. „¿Podré en esta galería histórica omitir á M.<sup>100</sup> de Stael, quien en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolución de Francia*, ha mostrado lo que habria podido hacer si hubiera aplicado su talento á la historia?“ (*Chateaubriand*.)—La patria de Vico po-

se e hoy muchos historiadores, de los cuales algunos pertenecen á su escuela: despues de Boita, cuya *Historia de los Estados-Unidos*, recuerda la escuela filosofica; despues de Micali de Florencia, cuyo ingenio sagaz y paciente ha hecho revivir á las antiguas naciones de la Etruria, citará á MM. Albi de Turin, (*Hist. de Italia*); Cibrario Piamontes, (*Hist. de Chieri*); Vasece Genoves, (*Hist. de Génova*); Campaglia de Milan, (*Hist. de Italia*); y en fin, el baron de Mann, (*Hist. de Cerdeña*), hombre de estado, y á cuya pluma se debe un excelente artículo sobre la *Libertad de la historia* (1). Todos estos nombres manifiestan que la Italia sostiene la gloria de los Villanis, de los Avilas, de los Joves, de los Guichardines, de los Machiavelos, etc.—La España, que cita siempre á su Mariana, elocuente copista de Tito-Livio, posee dos historiadores: Llorente, cuya pluma acusadora con solo referir los hechos ha herido á la inquisición, y el conde de Toreno, narrador pitoresco, animado y hábil en trazar los retratos á la manera de los antiguos: sus compatriotas solo le echan en cara alguna afectacion al querer imitar el estilo inimitable de Cervantes.—La Gran Bretaña habia precedido, en la ciencia historial, al resto de la Europa; citaba con orgullo durante el último siglo, á Robertson, á Hume, á Smollet, á Gibbon etc.; hoy no posee mas que al Dr. Lingar, sacerdote católico que ha escrito su historia sin preocupaciones. M. Hallan, autor de la *Europa en la edad media*, ha publicado mas recientemente una *Historia constitucional de Inglaterra*, que presenta un resumen juicioso y rápido. Walter Scott, tambien ha escrito una *Historia de Escocia*, y una *Historia de Napoleon*, lo cual seria la vergüenza de su pluma, si no se supieran los honrosos motivos que pusieron al autor de Waverley á sueldo de los librerios, y él, que ha elevado la novela casi al rango de la historia, se ha colocado como historiador en un puesto muy inferior á la mediocridad. Tambien en Francia, un hombre que da vergüenza mencionar entre gente de buena conciencia, el autor de los *Barones de Felsheim* y de *Monsieur Botté*, Pigault Le Brun, de asquerosa memoria, habia dejado la novela para erigrise en Tácito. Los viejos novelistas miran pues la historia como su retiro.—Si desde el cardinal de Fleury hasta nuestros dias, la politica de los diversos gobiernos de Francia, en despecho de las simpatias nacionales, ha faltado á la Polonia, los consuelos de la his-

[1] Ofrecemos á nuestros suscritores el publicar mas adelante este artículo sobre la *Libertad de la historia*.  
(LOS REDACTORES.)

toria no le han faltado. Ya el abate Croyer habia escrito una historia bastante buena de este valiente pueblo, y los que han venido despues se han aprovechado de sus investigaciones y de sus ideas, que no carecen de filosofia: la elocuente obra de Rhuilière, sobre la *Anarquía de la Polonia*, ha vuelto á la literatura la historia dramática olvidada desde Volot. Despues de ellos, escribiendo segun el progreso de las nuevas ideas politicas, M. de Salvandi ha escrito una historia de Polonia maduramente pensada y escrita con energía; en fin, bajo el título de *Sulkowski*, M. de Saint-Albin, publicó hace algunos años una curiosa monografía sobre el estado de la Polonia, antes y durante la revolucion de Francia.—La historia literaria no podia dejar de ser cultivada en una época en que toda la literatura se ha refugiado á la historia. No obstante, antes que Voltaire la hubiera unido á la historia general, ya Bayle habia hecho una excelente historia literaria; Gaillard, en su historia de Francisco I, habia seguido en esto á Voltaire; y finalmente, un autor casi desconocido, publicó, hácia 1784, un pequeño volúmen que es una obra maestra: *Del Amor de Henri-que IV hácia las letras*. Despues hemos tenido la *Historia de la literatura Italiana* por Ginguéné, grande obra algo pesada, pero que no por esto deja de ocupar un lugar distinguido en todas las bibliotecas. Se debe á Chenier y á M. de Barante, el *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*. Estas dos obras escritas bajo diversas inspiraciones tienen cada una su mérito, y siempre existirán. Las varias páginas que M. Lacretelle ha consagrado en sus diversas historias á consideraciones acerca de los escritores y de los sábios, bastarian para formar solas una buena historia literaria. En fin, M. de Villemain en sus cursos tan brillantes cuanto sólidos, ha abrazado las literaturas de casi todas las épocas modernas, desde los Padres de la Iglesia hasta los grandes oradores del parlamento de Inglaterra. Tomada desde tan alto, es decir, en los dos eslabones estremos de los conocimientos modernos, una historia viene á ser necesariamente politica. En su *Cronwell*, M. de Villemain, ha escrito sobre la revolucion de Inglaterra pasages de alta importancia, y que anunciaban ya esta valiente y moderada gradacion de opiniones que el autor, muy jóven aun, habia sacado de su corazon y de un estudio profundo de la historia parlamentaria de la Gran Bretaña. Si se recorren las lecciones y los escritos filosoficos de M. Cousin, no solo se encontrarán en ellos capitulos apropósito para la historia de la filosofia, sino tambien gran-

des y elevadas miras acerca de la ciencia historial.—La biografía que Bayle habia elevado á tan alto grado, ha adquirido en nuestros dias nueva importancia, eschuyendo un pequeño número de artículos inspirados por el espíritu de partido, ó redactados por algunos mediocres y presuntuosos escritores, la *Biografía universal* de M. Michaud, puede citar entre sus redactores á los primeros sábios y mejores escritores de la época.

## X.

*Algunos puntos omitidos.—De algunas historias antiguas de la edad media; modernas.—Incertidumbre de la historia.—De la enseñanza de la historia.—Conclusion.*

Este artículo se estiende; los nombres se presentan bajo mi pluma; y sin embargo, ¿cuántos puntos esenciales se me han escapado! ¿cuántos nombres conocidos se buscarán en vano en estas columnas! Para escribir la historia completa de la historia, para desarrollar sus principios, sus dificultades y sus escollos: para recordar los principales historiadores, seria menester volúmenes estensos, y me es preciso ya contar las líneas, á fin de no exceder los límites que me he trazado.—Apenas he indicado las fuentes de la historia antigua y romana: suponiendo que hubiese sido superfluo hablar de historiadores conocidos, como Herodoto, Tucídides, Genofonte, Tito-Livio, Floro y Diodoro, habria querido recordar al menos que Polibio, notable como crítico y como publicista, contiene el texto de tres antiguos tratados entre Roma y Cartago, los cuales, convingamos en que son piezas oficiales de muy venerable antigüedad. No me habria disgustado el recordar que en Apiano de Alejandria, autor de muchas obras acerca de las guerras civiles y estrangeras de los romanos, se encuentra otra pieza oficial del mas alto interés, la proclamacion de los triunviros Octavio, Antonio y Lepido, para justificar y anunciar á la vez sus proscripciones. Habria tenido que hacer algunas curiosas observaciones acerca de la historia de Josefo, cuyas *Antigüedades judaicas* son tan instrutivas en el fondo, y tan notables por el brillo y la fuerza del estilo: su otra obra sobre la guerra de los judios, terminada por Tito, contiene la conclusion de la historia del pueblo mas antiguo del mundo, y nos enseña, por un testimonio contemporáneo, el cumplimiento de las predicciones de Jesus Nazareno. En la historia llamada de *Augusto*, seis historiadores (Aelio Esparcita, Vulcasio Galicano, Aelio Lampridio, Julio Capitolino, Trebelio Po-

lion, y Flabio Vopisco), han escrito los reinados de los emperadores desde Andriano hasta Caro: estos autores, á los cuales es necesario agregar al juicioso Amiano Marcelino, hombre de estado y guerrero, tienen un precioso mérito: en su estilo inculco, y que se reciente de la decadencia romana, dicen mucho en pocas palabras, y con mas frecuencia que los grandes historiadores de la antigüedad nos transmiten actos auténticos y discursos tales cuales fueron.—Habria citado á Dionisio Casio de Nicea; y tambien habria hecho ver cuanto los poetas, desde Juvenal hasta Claudiano, desde Peseo hasta Ausonio, pueden presentar documentos preciosos sobre la historia de los costumbres y aun sobre hechos politicos. Habria enumerado todas las riquezas que ofrecen en este género los Padres de la Iglesia; habria señalado la historia de Paulo Oros, sirvió cuyo plan acaso de modelo á Bossuet en su *discurso sobre la historia universal*. Llegado á la edad media no hubiera dejado de tener algun embarazo en la eleccion entre los tesoros historicos que nos presentan esos siglos de barbarie, en que se escribia mucho mas de lo que comunmente se cree: testigos de ello la historia de Goth Formandis, las vidas de los santos, las crónicas de los conventos, los fastos de la vida de los principes, las correspondencias de los hombres de estado, (Boetio, Casiodoro), de los papas, de los obispos, de los simples sacerdotes etc., que forman tantos in-fólio leídos en otro tiempo tan solo por los religiosos que los publicaban, y que hoy exploran con tanto ardor los jóvenes iniciados en la ciencia. En fin, la historia sagrada de Sulpicio Severo, la historia eclesiástica de Gregorio de Tours y la vida de Carlo Magno por Egrihard, nos habrian, en medio de la barbarie general, sorprendido por cierto mérito de composicion y de estilo; y recordando una palabra célebre de Pyro, rey de Epiro, habríamos podido esclamar: „Este arreojo no nos parece tan bárbaro!“ Los códigos de los pueblos germánicos tambien habrian atraído nuestras miradas. No habria pasado en silencio á Joinville, Villehardoin y Cristina de Pisan. Habria señalado los autores y las crónicas hasta entónces desconocidas, ó al menos inesploradas, de los cuales felizmente M. Michaud, ha hecho uso en su *Historia* y en su *Biblioteca de las Cruzadas*.

Pero me apresuro á llegar á los tiempos modernos. Aquí la historia abita al grado de simples crónicas por casi todos los que la han escrito en la edad media, vuelve á tomar su ma-